

Exilio e historiografía: un binomio simbólico

El exilio de los componentes de la «cuarta carabela» constituye un gran capítulo de la historia intelectual española. Su patencia es tal que provoca uno de los escasos consensos que cabe registrar en la valoración de la cultura nacional. Afortunadamente, cada día se estrecha el cerco para un estudio definitivo del tema. De ahí que iniciativas como la debida en la ocasión presente a *Cuadernos Hispanoamericanos* sean muy oportunas y útiles.

Entre las diversas aportaciones que edificaron este sólido monumento de la ciencia y el pensamiento hispanos en ultramar la historiografía no se ofrece como la de menor entidad. Fueron muchos los estudiosos para los que el trabajo se manifestó como un blasón y, a veces, como un lenitivo, y en todos los casos como un reto cara a justificar convicciones y valía patriótica más que personal. Don Rafael Altamira, don Pedro Bosch Gimpera, don José María Ots Capdequí y con ellos una nutrida hornada de historiadores de diversa temática y especialidad desarrollaron en el exilio una labor de calidad en casi todos los ejemplos. Pese a la mucha mies que habría, pues, que entronjar para llevar a cabo un estudio ahora vedado por razón de espacio y circunstancias, hemos creído como el procedimiento más adecuado en orden a poner de relieve los altos valores que abillantaron la tarea historiográfica de los exiliados en América sintetizar sus esfuerzos y logros en la glosa volandera del binomio áureo Sánchez Albornoz—Américo Castro, sin que ello comporte, importará repetir, olvido o devaluación de los frutos bibliográficos de sus restantes compañeros de oficio y destierro. Cualquier criterio de selectividad es a menudo discutible, pero pensamos que, al menos en cuanto a eco y proyección, la obra de ambos investigadores no guarda paralelismo con ninguna otra de las que vieron la luz en la expatriación.

Sánchez Albornoz

«A la República Argentina, para mí segunda patria». Así está dedicada la obra histórica española de mayor resonancia del siglo XX. Desde 1942 hasta pocos meses antes de su muerte en Ávila en el verano de 1982, el gran país austral fue tierra de promisión para don Claudio Sánchez Albornoz así como para otros destacados intelectuales hispanos varados en sus costas por las turbulencias y resacas de la guerra civil de 1936¹.

¹ Apenas si roza el tema en su dimensión científica, conforme, por lo demás, al objetivo principal de su obra Zuleta, E. de, *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, Madrid, 1983, pp. 246-9. Para la vertiente literaria del exilio es interesante Zelaya Kolker, M., *Testimonios americanos de los escritores españoles transatlánticos de 1939*, Madrid, 1985.

Aunque a su llegada a las regiones del Plata el autor de *Estampas de la vida en León hace mil años* era ya un medievalista sobresaliente y de autoridad mundial, los cuarenta años de estancia argentina significan, dentro de su trayectoria académica y científica, el período cenital. Pese a su distancia de los archivos peninsulares, ficheros y documentos enviados desde la patria añorada permitieron proseguir una labor investigadora sustentada en ocasiones en fuentes primarias. A un ritmo sorprendente salieron de su taller monografías alquitaradas, obras de vanguardia, artículos renovadores, libros de divulgación, ágiles ensayos, reseñas bibliográficas de alto porte y fuerza crítica, colaboraciones periodísticas y hasta obras monumentales y enciclopédicas a la manera de *España, un enigma histórico*, su libro de mayor audiencia².

Trabajo de galeras compatible con la dirección de los renovadores *Cuadernos de Historia de España*, así como la de numerosas tesis doctorales casi todas femeninas... —y la diaria y muy intensa en su caso— labor de cátedra. Mendoza, primero y de forma fugaz, Buenos Aires, después y de manera estable y prolongada, fueron los hogares de esta admirable tarea intelectual, pocas veces registrada en los anales hispanos de las ciencias del hombre y los saberes humanísticos. Salvo cortos paréntesis, los dirigentes argentinos no regatearon apoyo burocrático e institucional a los trabajos y los días de don Claudio, como éste noble y reiteradamente reconoció sintetizando sus sentimientos en la dedicatoria más arriba mencionada³.

Pero si esta ayuda material jugó un papel descollante en orden a propiciar la creación del historiador madrileño, América, en general, y Argentina, en particular contribuyeron a su despliegue con otras aportaciones quizá más sustanciales. Sin el conocimiento de los hombres y geografía del Nuevo Continente su cala en los hispánicos hubiera tenido menor profundidad y matices⁴. Quien viera el descubrimiento y la colonización del Nuevo Mundo como el fruto natural y la última fase del proceso reconquistador peninsular no podía albergar dudas acerca de la continuidad de muchas formas españolas en la América de la etapa virreinal y en el inmenso legado dejado por la metrópoli a la hora de la emancipación⁵.

² Cuenca Toribio, J. M., «Andalucía desde América: la visión de los exiliados», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º. 439 (1987), pp. 7-18.

³ Para una valoración de conjunto de la obra de don Claudio nos permitimos remitir a nuestro libro *Páginas de literatura e historia contemporáneas*, Madrid, 1985, p. 108 y ss.

⁴ «Siempre había sentido personal emoción al meditar sobre ese magno suceso del ayer de la humanidad [1492]. Esa emoción creció geoméricamente después de vivir cuarenta años a este lado del Atlántico en las tierras que integraron el imperio español de las Indias; de haber recorrido muchos de los países que de él formaron parte desde la Florida a los bellos lagos sureños de la Argentina; de haber oído hablar castellano a todo lo largo y lo ancho de este mundo nuevo que pueblan trescientos millones de hombres; de haber contemplado prácticas y costumbres hispanas en los más apartados lugares de estas Indias antañonas [...] Todo ello todavía hoy, medio millar de años después de que la nave castellana cruzaran el mar tenebroso [...] Me he sentido orgulloso de ser español, y pese a todos los avatares de nuestra historia contemporánea a uno y a otro lado del Atlántico, he confiado en un pasado mañana de libre democracia y de magnas creaciones culturales por los trescientos millones de hispanohablantes». Sánchez Albornoz, C., *La Edad Media española y la empresa de América*. Madrid, 1983, pp. 5-6.

⁵ «América fue descubierta, conquistada, colonizada, cristianizada y organizada como proyección de la singular Edad Media que padeció o gozó España, no me cansaré de repetirlo. Puedo mantener como título de estas páginas el de 1930, pero concretado con un calificativo: "La Edad Media española y la empresa de América". Porque, sin duda alguna, la gran aventura que ha llevado a España al rango de los grandes actores de la historia sería inconcebible sin nuestras singularísima Edad Media». *Ibidem*, pp. 13-14.

Claro es que siempre tuvo en cuenta a su vez la interrelación entre historia americana e historia peninsular, incomprensible esta última en múltiples ocasiones sin la referencia novohispana. El proyecto imperial de los austrias menores no podía, por ejemplo, entenderse a derechas sin el papel económico y geopolítico jugado por las Indias. En su opinión, la atípica modernidad española debió mucho a su presencia americana. No solamente ésta dislocó los parámetros básicos de la acción internacional de los Reyes Católicos, sino que también «la empresa americana» marginó a España de la evolución europea y aflojó unos lazos culturales con su entorno natural, estrechados, después de una ruptura de siglos, en el otoño medieval.

Naturalmente, Sánchez Albornoz no aspiraba —ni deseaba— reescribir el pasado ni se complacía en engolfarse demasiado en futuribles, mas no por ello dejó de insistir, en la misma frontera del hartazgo, en la crucial trascendencia de los que denominara «los tres desembarcos» que habían inflexionado decisivamente el rumbo de la historia española —el de Tariq en 711, 1492 y 1517, fecha en que llegara a Laredo procedente de su Flandes natal el que muy pronto iba a convertirse en el César Carlos.

Pese a su dedicación medievalista, el autor de *Los orígenes del feudalismo* poseyó una visión totalizadora del ayer hispano y se sintió atraído por los períodos ulteriores e incluso por la más estricta contemporaneidad, sobre la cual, gustaba de decir, lanzaba la historia ininterrumpidos mensajes, que sólo los profesionales de Clío debían interpretar y analizar. Su larga y amorosa estadía sudamericana sirvió a don Claudio para vivir por dos veces el mismo tiempo, experiencia en verdad, singular para un historiador. El subdesarrollo crónico de la España del primer tercio del novecientos, la permanencia en ella del poder caciquil, la debilidad del sistema parlamentario, la búsqueda y apelación al «hombre» fuerte, fue un universo histórico con el que Sánchez Albornoz volvió a toparse en los decenios iniciales de su afincamiento en el Nuevo Continente⁶.

Esta segunda vivencia de la misma realidad deparó a don Claudio la lectura detenida de algunos rasgos que estimaba conformadores de la personalidad histórica de los españoles, confirmándolo en su consistencia e importancia. Con un punto de énfasis romántico, Sánchez Albornoz creía en la existencia de los caracteres nacionales y otorgaba al peninsular —buen conocedor de Portugal, fundía a los dos pueblos ibéricos en un mismo crisol y destino— un puesto de honor en su rango. Al transfundirse por entero y sin reservas en la realidad americana, los españoles de los siglos modernos habían trasplantado al Nuevo Mundo sus defectos y virtudes. No eran éstas, desde luego, las más adecuadas a la coyuntura dibujada por la segunda mitad de la centuria actual y don Claudio temía que Hispanoamérica prolongase, como España, su asendereado y, a veces, trágico peregrinaje por los caminos del Estado y sociedad contemporáneos antes de incorporarse plenamente a ellos. Su observación comprometida y anhelante de los acontecimientos argentinos no borraría, ciertamente, impresión tan pesimista; afianzándolo en sus negros vaticinios para el porvenir inmediato —hoy ya en parte historia— de una América entrañada cordialmente por el egregio medievalista.

⁶ Cuenca Toribio, J. M., *Visión de Andalucía. Granada, 1984.*

Américo Castro

Naturalmente, no es el caso de entonar la apología del destierro y el exilio como estado de gracia para la labor intelectual. No obstante, hay que reconocer que en sus tres grandes oleadas de la edad contemporánea se demostró, conforme ya sucediera con la expulsión de la orden ignaciana en la primavera de 1767, como un poderoso resorte para la apertura de horizontes culturales y vigoroso aliento para la creación literaria y científica. En ninguno de los hombres de letras y pensamiento transterrados su tensión intelectual y la cadencia de su producción decayeron respecto a su etapa española. Tanto en los autores menores o bisoños, como en los mayores y consagrados, América inspiró temas de trabajo, germinando o madurando en su alma ideas y proyectos para coronar una obra inconclusa, o para sentar las bases de un esfuerzo que había de tardar en rematarse⁷.

La extensa bibliografía dada a la luz en suelo americano por dos estrellas de la constelación intelectual de la España de los años diez y veinte como los entonces buenos amigos y compañeros de facultad y de despacho en el Centro de Estudios Históricos, Sánchez Albornoz y Castro lo demuestra irrefragablemente. No anduvo, en efecto, a la zaga en calidad y número de la de Sánchez Albornoz la obra americana del autor de *El pensamiento de Cervantes*⁸. Aunque por senderos de crítica y análisis literario, la «pluma americana» de don Américo recorrió, con lucidez y brillantez insuperables, amplios territorios de la historia cultural de su patria, buceando con frecuencia sus capas más hondas. Su norte no fue tampoco distinto al de su áspero contradictor de los años cincuenta y siguientes ni menos ambicioso. Aislar y detectar la clave de lo hispánico, averiguar la razón o la sinrazón por la que su país había conocido durante la edad moderna y, sobre todo, contemporánea un destino más dramático y singular que el de otros pueblos de Occidente de idéntica textura geográfica y cultural fue el objetivo vital que día a día, de manera un tanto paulina y damascena, se trazara don Américo en las primeras horas de su exilio (menos asfixiante y enclaustrado que el de su rival a causa de sus veranos españoles a partir de 1954)⁹.

⁷ Es a este respecto muy clara la conclusión de Malagón, J. en su excelente contribución «Los historiadores y la Historia en el exilio» en Abellán, J. L., *El exilio español de 1939*. Madrid, 1978, V, p. 250 y ss. Cfr. Cuenca Toribio, J. M., *Semblanzas andaluzas. Galería de retratos*. Madrid, 1985.

⁸ Cfr. la última edición de esta importante obra aparecida en Barcelona en 1972.

⁹ Comprensibles por su admirativo y agradecido disciplinado resultan los elogios a los aciertos historiográficos de Castro debidos a la pluma de un gran intelectual canario de la segunda mitad del novecientos: «En 1948, a medio siglo del simbólico año español, apareció la obra de Américo Castro, *España en su historia, verdadera cima de la historiografía moderna hispánica*. En ella, como en toda gran creación original, habían confluído elementos diversos: la metodología externa de Menéndez Pidal, la pasión y la introspección de Unamuno y la orientación filosófica iniciada por Ortega y Gasset. La segunda versión de esta obra, *La realidad histórica de España, México, 1954*, muestra además que en ella no sólo aparece la primera visión general de la historia hispánica, sino igualmente la primera historiología española de significación universal. Su trascendencia se manifiesta visiblemente en la rapidez de las traducciones a las demás lenguas occidentales, determinadas no tanto por el tema en sí como por la potente originalidad (de raíz vital hispánica) del pensamiento historiográfico e historiológico de Américo Castro. Y es posible que algún historiador de país o idioma transpirenaico sienta, en este momento, ante el libro de Américo Castro, una sorpresa semejante a la del venerable Albert von Kölliker frente al joven Cajal. Incluso mayor, porque el histólogo español aportaba datos fácilmente comprobables y que no podían herir «esencialidades» nacionales, ya que se referían a la estructura del sistema nervioso. Américo Castro en cambio expone la significación valiosa y universal de la historia de España, y esto lo sustenta con